

**CUATRO PAÍSES, DOS TRIÁNGULOS. ARGENTINA Y BRASIL FRENTE A
ESTADOS UNIDOS Y GRAN BRETAÑA DURANTE LA DÉCADA DE 1930.**

HISTORIA, CONDICIONES Y CONSECUENCIAS

**FOUR COUNTRIES, TWO TRIANGLES. ARGENTINA AND BRAZIL IN
RELATION TO THE UNITED STATES AND GREAT BRITAIN IN THE 1930S.**

HISTORY, CONDITIONS AND CONSEQUENCES

JULIAN ZÍCARI[†]

Universidad de Buenos Aires
CONICET

Recibido: 15/06/2016

Aceptado: 04/07/2016

Resumen

El trabajo buscará abordar cómo se manejaron las relaciones y vínculos triangulares de Argentina, por un lado, y Brasil, por otro, con las principales potencias capitalistas durante la compleja década de 1930: la declinante Gran Bretaña y la nueva potencia en ascenso, los Estados Unidos, ambos igualmente en crisis. Así, buscaremos analizar cada lado de los respectivos triángulos, primero abordando el vínculo de Argentina con Gran Bretaña y luego de aquella con EE.UU., para después hacer lo propio de la relación de Brasil con las mismas potencias. Finalmente intentaremos comparar las formas de relacionarse, la dinámica y consecuencias de los triángulos, sacando algunas conclusiones al respecto.

[†] Julian Zicari. Especialista y Magíster en Historia Económica; Historiador y Economista por la Universidad de Buenos Aires; y Doctorando en Ciencias Sociales. Autor de diversas publicaciones como *Neoextractivismo en Sudamérica. El caso del litio* (2015) Revista NERA (Brasil) V. 18, N° 29, pp. 10-47; *Dos formas de estabilizar una economía y sus consecuencias. Los planes de ajuste de Perón y Frondizi* (2015) Revista Realidad Económica, N° 291, 1 de abril al 15 de mayo de 2015, pp. 10-34; entre otras.

Palabras Claves: Crisis del 29 – Industrialización – Comercio – Bilateralismo

Abstract

This paper attempts to give an account of how the triangular relations between Argentina, Brazil and the major capitalist powers during the complex 1930s were handled: the declining Great Britain and the new emerging power, the United States, both equally in crisis. Thus, we analyze each side of the respective triangles, first addressing the link between Argentina and Great Britain and the link between the former and the US. Then, the triangular link between Brazil and the above-mentioned world powers is analyzed as well. Finally, we compare and reach to conclusions about the different ways of establishing relations between these countries, the dynamics and the consequences of the respective triangles.

Keywords: Crisis of 1929 – Industrialization – Trade – Bilateralism

Introducción

El presente trabajo intentará dar cuenta sobre cómo se manejaron las relaciones y vínculos triangulares de Argentina, por un lado, y Brasil, por otro, con las principales potencias capitalistas durante la compleja década de 1930: la declinante Gran Bretaña y la nueva potencia en ascenso, los Estados Unidos, ambos igualmente en crisis. En este sentido, nuestro objetivo será poder señalar cuáles fueron los pasos, condiciones y estrategias de los países latinoamericanos frente a la crisis mundial y la depresión, señalando el modo sobre el cual estaban fijados los lazos con las potencias a partir del tipo de relación que plantearon en cada caso para enfrentar la crisis. Así, buscaremos analizar cada lado de los respectivos triángulos, primero abordando el vínculo de Argentina con Gran Bretaña y luego de aquella con EE.UU., para después hacer lo propio de la relación de Brasil con las mismas potencias. Finalmente intentaremos comparar las formas de

relacionarse, la dinámica y consecuencias de los triángulos, sacando algunas conclusiones al respecto.

El triángulo Argentina - Estados Unidos - Gran Bretaña

Hasta el año 1930 la Argentina había representado el caso mejor logrado de los países latinoamericanos en el comercio internacional. Como todos los países de la región, había basado su inserción sujeta a los esquemas de división internacional del trabajo, exportando bienes primarios e importando bienes manufacturados, capitales y población para sustentar el modelo agroexportador que le permitía crecer raudamente. Su buena performance económica y su variada estructura económica, que le permitía no depender del mercado mundial sólo de un producto –siendo el país que menos concentraba sus exportaciones por producto así como por destino-, le había permitido ir consolidando un especial vínculo con la potencia hegemónica en la época de oro de los modelos agroexportadores latinoamericanos, perfilando en Gran Bretaña a su principal mercado exportador, así como la fuente de capitales más destacada, ya sea para préstamos gubernamentales como para la inversión directa (ésta dada básicamente por los puntos nodales que reforzaban el modelo agroexportador, ferrocarriles, puertos, frigoríficos, servicios públicos, etcétera). De esta manera, Argentina había comenzado a guardar con Gran Bretaña superávits comerciales estructurales, aunque los mismos se veían disminuidos en parte por los considerados “retornos invisibles”, es decir, los pagos de intereses de los préstamos, dividendos de las inversiones, seguros, fletes y demás. Convirtiéndose la Argentina en el cuarto destino mundial de recepción del capital inglés (después de sus propias colonias inglesas, India, Australia y Canadá).

Sin embargo, con el estallido de la primera guerra mundial una parte importante de la base del modelo agroexportador se vio modificada. Por empezar, el régimen conservador-oligárquico se alteró permitiendo un giro democratizador en el gobierno, expresada con la llegada de la Unión Cívica Radical a la presidencia en 1916. Por su parte,

la salida de la guerra encontró a una economía inglesa muy exhausta que había dejado de ser la locomotora mundial, ya sea en términos económicos, militares, tecnológicos como financieros, siendo reemplazada por el ascendente de los EE.UU. En este caso, la transición en el cambio de hegemonía se expresó en nuestro país con el importante aporte realizado por las inversiones norteamericanas durante la década de 1920, donde éstas no tuvieron como principal área de radicación el sector servicios como era con las inversiones inglesas hasta entonces, sino principalmente en las industrias más dinámicas y con un desarrollo tecnológico mucho más avanzado que el que los ingleses pudieran ofrecer (Villanueva, 1972). Es así que con los Estados Unidos comenzó a establecerse un vínculo estructuralmente deficitario en la cuenta comercial, ya que la economía argentina era básicamente competitiva con aquella –al contrario de lo que ocurría con Gran Bretaña donde se establecía una relación complementaria-. Además los Estados Unidos eran un país fuertemente proteccionista, estando lejos de aplicar un resonante liberalismo como el pregonado por los ingleses. Esto último se patentó notoriamente para Argentina en 1867 cuando se cerró el mercado norteamericano de lanas (en ése momento principal destino de la lana argentina) y en 1926, cuando alegando motivos sanitarios se prohibió la importación de carne argentina (se señaló que ésta era proveniente de zonas con aftosa). Ante esto último, la reacción de los poderosos ganaderos argentinos no se hizo esperar y desde la Sociedad Rural Argentina comenzaron a esgrimir el lema “comprar a quien nos compra”, en clara referencia a buscar reforzar el lazo con Gran Bretaña (principal mercado de la carne argentina). Bajo este panorama, en ésa coyuntura, Gran Bretaña reaccionó rápidamente intentando aprovechar la oportunidad y defender su posición en Sudamérica, cada vez más amenazada por el avance norteamericano. Es así que a fines de 1928 arribó a nuestro país la misión D’Abernon para ratificar esto por medios de tratados (O’Connell, 1984).

Ahora bien, el crack de octubre de 1929 terminó de sepultar parte de las dinámicas previas, ya que el flujo del comercio mundial se interrumpió y comenzó a producirse una

acelerada baja de los precios de los bienes primarios (aquellos exportados por los países latinoamericanos), sentando para éstos un duro golpe que los postró como al resto de los países del mundo en una profunda recesión. En Argentina uno de los principales impactos del crack fue combinarse con circunstancias locales de rechazo al gobierno radical para conjugarse así, entre ambas, en el primer golpe de Estado que llevo a los militares al poder el 6 de septiembre de 1930.

Con el arribo de los militares al poder, lo primero que se intentó fue sentar las bases para un rápido retorno al viejo orden conservador-oligárquico, anterior a la llegada de los radicales y una realizar una vuelta a la ortodoxia económica liberal previa a 1916. Sin embargo, esto último debió ponerse fuertemente en discusión. En efecto, la crisis mundial de 1929 era algo mucho más severo de lo primeramente atisbado, alejando de manera pronta las visiones que entendían a esta crisis como una simple recesión pasajera como había sucedido en otras oportunidades. Es así, que en octubre de 1931 el gobierno militar estableció el *control de cambios* como principal medida de contención económica, introduciendo una autentica novedad ya que nunca anteriormente se había utilizado una medida de este tipo. De esta manera, la entrega de divisas para los pagos al exterior se vio racionada y sujeta a controles por parte del Estado, sin embargo no se prohibieron las importaciones. Así, muchos podían recibir bienes del exterior si es que sus proveedores estaban dispuestos a financiarles las compras, hecho que no sólo no detuvo las importaciones, sino que comenzó a acrecentar las deudas en el exterior. Por su parte, en aras de no abandonar lo que se denominaba “honor argentino”, el gobierno había decidido no dejar de pagar sus deudas con el exterior, haciendo que el oro comenzara a salir del país dada la contracción exportadora. Así, se dieron tres consecuencias para la economía del país: 1) la paridad cambiaria buscó ser defendida para que el gobierno pudiera seguir pagando sus deudas con el exterior a un tipo de cambio no muy alto, evitando la devaluación vía las intervenciones del Banco Nación, lo que terminaba por generar una doble salida de divisas, ya sea por el pago de deuda, ya sea por la “defensa” de la moneda;

2) igualmente esto, el racionamiento de divisas no logró detener el flujo importador, ya que las mismas se autorizaban a entregarse bajo una moneda que no se había devaluado, generando un aumento de deudas en el exterior y estableciendo un sistema de “fondos bloqueados” (el cual se aplicaba también para los pagos de dividendos); 3) se generó un creciente mercado negro de oro y divisas con una progresiva distancia del oficial (López, 2007, p. 157).

Sin embargo, este resonante giro a la heterodoxia tampoco evitó que la situación económica argentina mejorara, sino que al contrario, el año 1931 fue peor que el anterior, siendo todavía más severo aún 1932. Es por eso que el nuevo gobierno, a cargo del General Justo (1932-1938), estableció ése año por decreto un aumento del 10% en los aranceles para todos los productos importados. Bajo este contexto de recrudesciente depresión económica se produjo la Conferencia de Ottawa, donde Gran Bretaña decidió establecer el sistema de preferencias imperiales que amenazaba provocar mayores reducciones en las compras a Argentina, proyectándose la pérdida así del principal mercado externo. Es en este contexto desesperante donde el gobierno argentino decidió tomar cartas en el asunto, buscando evitar una situación peor.

El lado Argentina-Gran Bretaña

Una de las primeras señales que advirtió que la crisis del '30 no sería igual a otras fue el resonante abandono del patrón oro por parte de Gran Bretaña en septiembre de 1931, medida que provocó directamente el establecimiento del control de cambios en la Argentina. Seguido a esto, más resonante todavía, fue el establecimiento de las Conferencias de Ottawa del año siguiente, cuando ya abiertamente los ingleses abandonaban el liberalismo que pregonaron durante décadas para abrazar un sistema protegido con sus dominios, intentando reforzar a la castigada área de la libra esterlina. Este cambio de actitud por parte de Gran Bretaña causó preocupación y temor, no sólo al interior de las filas del gobierno argentino, sino también dentro de la elite ganadera que veía en las

medidas inglesas un perjuicio directo; ya que eran los importantes terratenientes de la Pampa los principales exportadores de la carne enviada a Gran Bretaña y que ahora amenazaba favorecer a sus colonias agrícola-ganaderas (Canadá, Australia y Nueva Zelandia) en reemplazo de Argentina. Es así que con su poder e influencia sugirieron al gobierno de Justo que acceda a realizar negociaciones, por ejemplo de los aranceles o en la concesión de tipos de cambios preferenciales, con vistas a resguardar el importante mercado británico (Hora, 2005, p. 306).

La consecuencia directa de esto fue la instauración del famoso pacto “Roca-Runciman”, firmado el 1° de mayo de 1933, por el cual se lograron varios puntos importantes entre Argentina y Gran Bretaña. El primero de ellos fue que Gran Bretaña se comprometía a establecer un consumo de carne argentina no menor al 90% de lo demandado en 1932, “año de Ottawa” donde su demanda fue –más allá de todo– particularmente baja. Así los terratenientes se garantizaban un piso fijo de exportación, despejando el fantasma de ver reducidas todavía más sus ventas, con la esperanza de que de cara al futuro las exportaciones aumentaran cuando se recuperara la actividad económica ¹. Además, también Gran Bretaña asumió el compromiso de no subsidiar la producción agrícola en sus dominios ni a imponer nuevos impuestos aduaneros si entraban en “cantidades normales” otros productos argentinos (jamón, trigo, lino, afrecho, lana, tripas, etcétera), como también cláusulas para lograr una mejor fiscalización por parte del Estado argentino sobre las empresas británicas. Por su parte, los británicos –de igual modo– también lograron importantes triunfos para sí. El más importante sin duda se debió a recibir una reducción arancelaria en 235 productos que habitualmente se exportaban hacia la Argentina. Además, obtuvieron el control del 85% de la cuota exportada (la distribución sobre los frigoríficos) y los fletes de la carne exportada (basándose en la excusa de asegurar un correcto aprovisionamiento que no sature ni desabastezca al mercado británico). Por

¹ Gran Bretaña, si bien fijaba en una cláusula que podría disminuir su consumo todavía más con respecto al „año de Ottawa“, debería realizar una disminución en igual proporción de sus compras no sólo en Argentina, sino también en sus dominios.

último, también concretaron la polémica clausula que estipulaba un “tratamiento benigno al capital inglés”, con la cual se intentaría otorgar un mejor tipo de cambio para los giros de dividendos hacia Gran Bretaña hasta que el balance de pagos con ése país quedara compensado, favoreciendo las autorizaciones el *control de cambios* para importar desde allí. Así, dado el refuerzo de la histórica relación de las elites locales con Gran Bretaña y su complementariedad económica, el vice-presidente del país, Julio Roca (h), al terminar de concertar el pacto selló su visión al respecto en una famosa frase en la que algunos interpretaron sinceros rasgos de la subordinación y del colonialismo aplicados: “La República Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico” (citado en Rapoport, 2000, p. 235).

En la Argentina la recepción del pacto fue variada y de alto impacto, despertando una fuerte polémica. Por un lado, desde el sector oficial, el secretario de Agricultura, Luis Dahau, defendió a las concesiones realizadas en la Aduana, aduciendo que eran lógicas dadas las asimetrías de las estructuras comerciales con Gran Bretaña, señalando: “Las de ventas de productos británicos en la Argentina apenas constituyen el 4% de sus exportaciones totales. En cambio el 37% de nuestras exportaciones son absorbidas por Gran Bretaña” (citado por Drosdoff, 1972, p. 30). Por su parte, se señaló desde la Cancillería que las rebajas aduaneras no eran sólo para Gran Bretaña, sino para los productos que ella generalmente vendía, por lo cual, cualquier país a través de la clausula de „nación más favorecida“ podía acceder a iguales beneficios. Sin embargo, muchos otros vieron en el pacto una claudicación humillante y una pésima negociación, ya que Gran Bretaña necesitaba igualmente los productos argentinos, que por calidad y precio eran insuperables en el mercado internacional, como también señalando que los “fondos bloqueados” a compañías inglesas representaban igualmente otra importante prenda para las negociaciones que no se usaron².

² Un debate sobre las interpretaciones del pacto Roca-Runciman puede encontrarse en Alhadeff (1985) y la consecuente respuesta de Fodor & O’Connell (1985).

En este sentido, uno de los grupos que más rápidamente reaccionó ante la inminencia de realización del pacto fue el de los industriales de Unión Industrial Argentina (UIA), que temieron en las vísperas del pacto una baja general arancelaria que pondría en peligro sus empresas. Ante este peligro, como forma de defensa frente al pacto, los industriales organizaron una importante manifestación en el estadio Luna Park, que según los mismos industriales movilizó a setenta mil personas, entre obreros y patrones por “la defensa del trabajo y producción nacionales” (Schvarzer, 1991, p. 62). Igualmente esto, es necesario señalar que desde la UIA, que parte integrante de la elite conservadora, no estaban en sí en contra de la firma del pacto ni que se preserve al sector rural como tradicional centro económico del país, sino que sólo pedían que sus empresas no se vieran afectadas por esto. Así, desde el gobierno, se los intentó calmar, señalando el presidente Justo, no sin cierta sinceridad que algo habría que ceder:

No ha sido, ni podrá ser nunca propósito del PE [Poder Ejecutivo], destruir o perjudicar a las industrias nacionales que elaboran importantes cantidades de materia prima nuestra, ocupan millares de obreros y no viven artificialmente, como ha sucedido algunas veces de la exclusiva protección aduanera [...] sería pueril hacer creer que una política comercial que tenga por finalidad asegurar mercados para nuestra producción comercial agropecuaria –base económica fundamental de la nación sobre la cual reposa la misma industria fabril- podrá realizarse con criterio unilateral. Si queremos vender, no podemos negarnos a ser razonablemente compradores de lo que pueda adquirirse con ventaja (citado en Jáuregui, 2004, p. 76).

Cabe destacar dos hechos más con respecto al pacto. El primero se debe a que los principales detractores del mismo no suelen tener en cuenta que en la Argentina casi dos tercios de las inversiones inglesas se hallaban en ferrocarriles, los cuales a partir de la crisis del '30 dejaron de ser un rubro fuertemente rentable como en otras épocas y que comenzaron a convertirse en empresas deficitarias. Donde muchas de las condiciones para revertir esto estaban en manos del gobierno (permisos para aumentos de tarifas, autorizaciones para despidos, reducciones de salarios y demás). Así, insistentemente, las

empresas intentaron obtener medidas a su favor pero nunca lograron. Sino que al contrario, durante gran parte de la década de 1930 no tuvieron ninguna respuesta, no siendo el pacto Roca-Runciman la excepción a esto. Así, muchas empresas no sólo continuaron dando perdidas sino también que cuando tuvieron ganancias éstas fueron impedidas de girar dividendos, siendo éstos cada vez más depreciados (ya sea por las bajas de tarifas a las que se vieron sometidas o por la disminución de la demanda gracias al creciente aliento gubernamental al transporte automotor y a la expansión de caminos por parte del Estado) o por la depreciación del peso, que disminuía la rentabilidad en términos de libras³. Si bien las empresas todavía corrían con las ventajas de la ley Mitre, lo que les daba ciertos beneficios fiscales por un lapso de cuarenta años (1907-1947), también es verdad que a la baja de su rentabilidad debieron hacer frente al pago de los salarios mejor pagos del país (los ferroviarios, el gremio más poderoso)⁴.

El otro punto importante fue que el pacto permitió un mayor control sobre las empresas británicas, especialmente los frigoríficos, donde –sumadas a las polémicas que despertó la realización del pacto– dieron como consecuencia una investigación del Senado Argentino que le terminó por dar al Estado un mayor control sobre el mercado de la carne. Parte de los logros de estas investigaciones fue terminar con los valores de preferencia entre la compra del ganado en las estancias y los mercados públicos abiertos, así como también una mayor injerencia del Estado en toda la cadena, que terminó con la detención de los gerentes de algunos frigoríficos gracias a las denuncias del Senador De la Torre.

De esta manera, ya sea por la realización del pacto o por la reactivación mundial del comercio, a partir de 1933 el comercio con Gran Bretaña y sus superávits fueron creciendo y volvieron a recuperar prácticamente los niveles anteriores a la crisis. Por lo que el mismo se lo renovó en 1936 con dos importantes novedades. Una de ellas fue que la Argentina

³ Recordemos que casos como El Central Córdoba o el Buenos Aires Pacífico debieron suspender servicios dadas las deudas con las que cargaban, así como la pérdida general de valor de las empresas ferroviarias en la Bolsa de Valores de Londres.

⁴ Se puede encontrar mayor detalle sobre este tema en García Heras (1988).

pudo recuperar para sí el control sobre la distribución de la carne exportada en su totalidad, mientras que la otra fue que Gran Bretaña impuso un impuesto de $\frac{3}{4}$ de penique por libra a la carne importada. Esta última acción fue tolerada por el gobierno argentino puesto que ceder a ello resultaba algo lógico, ya que Gran Bretaña estaba dispuesta –se ratificara o no el pacto en 1936- a grabar la importación de carne para proteger su propia industria cárnica, fuente de empleo de un millón y medio de obreros británicos, y que era preferible esto antes de sufrir una fuerte inestabilidad en la demanda exportadora. Por su parte, el gobierno argentino resistió con éxito las presiones británicas que pretendían sacar mayores beneficios, como también no reducir el impuesto aduanero adicional del 10% aplicado en 1932. Por último, para evitar que el nuevo impuesto inglés afectara a la exportación argentina, el gobierno decidió ofrecer un subsidio que permitía absorber un tercio del mismo (el resto lo absorberían los frigoríficos y los productores en partes iguales); donde, cuando los precios del mercado de Smithfield recuperó sus precios (en 1937), dicho subsidio fue suprimido.

Al igual que el tratado de 1933, esta renovación tuvo tras de sí como una de sus más importantes prendas de negociación el trato que el gobierno argentino le propiciaría a los ferrocarriles ingleses. Donde lo cierto es que, más allá de las polémicas historiográficas, los negociadores británicos intentaron repetidas veces obtener cláusulas que claramente beneficiaran a su principal inversión en el país, algo que la delegación argentina rehusó en todas las oportunidades. Además, casi en paralelo a las negociaciones, el Congreso Nacional aprobó una ley por la que creó la Corporación del Transporte de Buenos Aires y que le permitió a esta el control y coordinación de todo el transporte de la ciudad y del área metropolitana (tranvías, colectivos, ferrocarriles, ómnibus y subtes). Vale la pena destacar que aunque la creación de dicha Corporación haya sido vista como un claro triunfo de los ingleses (ya que a partir de la misma se podría limitar el avance del transporte automotor que generaba la merma de los ferrocarriles), esta victoria largamente buscada terminó por volverse pírrica: con ella, el Estado pudo tener mayor control y fiscalización sobre el

transporte, las empresas de ferrocarriles sólo pudieron tener un representante de los siete totales en el directorio de la nueva Corporación, igualando a su principal competidor –el transporte automotor, que también tuvo sólo uno- y quedando los otros cinco puestos en manos del Estado.

Así, bajo este nuevo panorama, los dueños de las compañías ferroviarias atrapadas entre los déficits, la obsolescencia del capital invertido, la competencia del transporte automotor y el mayor control estatal se vieron acorraladas, sobre todo con vistas al futuro vencimiento de la ley Mitre (pautado para 1947), y que se vislumbraba que terminaría por quitarles sus últimos privilegios. Es así que los gerentes de las empresas comenzaron a diagramar con insistente fuerza no ya obtener mayores beneficios y/o ayudadas por parte del Estado como hasta ése momento, sino a que éste directamente comprase sus empresas; medida que finalmente terminaría por concretarse luego de la segunda guerra mundial, y con la cual Gran Bretaña terminaría por perder el fuerte influjo y poder que otrora había disfrutado en la Argentina.

El lado Argentina-Estados Unidos

La relación de Estados Unidos con la Argentina siempre fue tensa y compleja. La razón principal de esto se basaba en dos factores fundamentales que explican el vínculo. El primero de ellos se debe a la permanente rivalidad entre ambas naciones por lograr el liderazgo sudamericano. Donde desde las primeras Conferencias Panamericanas (1889/1890) en adelante la Argentina buscó disputar la hegemonía norteamericana, intentando privilegiar el lazo con Europa. En segundo lugar, como ya señalamos, el carácter de ambas economías no era complementario como se daba entre el vínculo de Argentina con Gran Bretaña, sino de competencia por vender los mismos productos de exportación, sumados al fuerte proteccionismo norteamericano. De esta manera, las clases dominantes argentinas guardaron históricamente un profundo sentimiento anti-norteamericano que era replicado desde el norte con un sentimiento de preocupación frente a la Argentina, ya que

era un país que permanentemente se disponía a dificultar el avance de su hegemonía en el continente.

El estallido de 1929 encontró a los Estados Unidos con un gobierno republicano incapaz de ofrecer algún tipo de solución al respecto, siendo reemplazado sin mucha dificultad en lo peor de la crisis con la victoria demócrata de Roosevelt, quién asumió su cargo a principios de 1933. El nuevo gobierno demócrata estaba dispuesto a introducir severos cambios para paliar la situación. En principio, el lanzamiento de su plan de gobierno, el *New Deal*, trajo como consecuencia directa un nuevo rol para el Estado en el manejo de la economía y una devaluación del dólar frente al oro para mejorar su performance externa. Por su parte, otro de los importantes cambios que traería Roosevelt sería intentar asegurar el vínculo de Estados Unidos con Latinoamérica y consolidar con ello a la región como su propia y exclusiva “zona de influencia”. El nuevo trato que se le daría al subcontinente sería la implementación de la política conocida como la del “buen vecino”, esto es, la tratar de reforzar los lazos con los países de la región a través de formas diplomáticas (especialmente las conferencias panamericanas), moderando su actitud intervencionista anterior –tanto sus invasiones armadas vía la política del “gran garrote” o sus amenazas comerciales de la “diplomacia del dólar”- para propugnar por mecanismos de solidaridad hemisféricos y el resguardo de la seguridad continental frente a amenazas exteriores (una estrategia que se basaba en los supuestos peligros militares extra-continetales que buscaba debilitar la influencia, sobre todo económica, de Europa en la región).

Parte de la nueva actitud del gigante del norte se estrenó en la Séptima Conferencia Panamericana, realizada en Montevideo a fines de 1933. Aquí inicialmente la Argentina buscó postergar la realización de la misma, continuando la clásica actitud obstruccionista con respecto a Estados Unidos, dado que así tendría diversas ventajas. Por un lado, porque podría de este modo debilitar la organización sudamericana y limitar el ascendiente que Estados Unidos buscaba, resaltando así el rol mediador argentino que estaba cumpliendo en

la Guerra del Chaco (1932-1935), como por su parte, esto perjudicaría el protagonismo estadounidense pretendido por Roosevelt, al permitir que se conformará una coalición latinoamericana de países endeudados (muchos de ellos con los mismos Estados Unidos). Sin embargo, una vez concertado el encuentro, la actitud argentina sufrió un notorio cambio y en vez de oponerse a todo aquello propuesto por los norteamericanos como acostumbraba decidió negociar. En este caso, su cambio de posición le permitió conjugarse con los Estados Unidos para obtener dos triunfos diplomáticos. El primero se dio a que su propuesta de concertar un pacto antibélico fuera apoyado por todos los países, siendo vital para esto el apoyo del Secretario de Estado norteamericano Cordell Hull. El segundo fue quebrar la iniciativa mexicana sobre establecer una suerte de club de deudores o que se presionara para que la región obtuviera una moratoria general de parte de los países acreedores. Esto último se debió a que la Argentina buscaba diferenciarse de la región, sobre todo de los países económicamente más débiles, adscribiendo a una obstinada actitud de *honra* para pagar las deudas soberanas, mostrándose como un país responsable y solvente que respetaba sus compromisos (Morgenfeld, 2007, p. 203). Así, con esta posición, sumadas a las habilidades diplomáticas del canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, los estadounidenses encontraron al aliado indispensable que evitó que los países latinoamericanos pudieran negociar sus deudas en mejores condiciones.

Por su parte, las medidas argentinas que se habían tomado con fines de aminorar el impacto de la crisis (control de cambios, devaluaciones, subas de aranceles), terminaron por generar el reforzamiento del ciclo iniciado durante la década de 1920, ampliando las inversiones norteamericanas en un mercado interno argentino que comenzó a ganar expansión durante la década de 1930. Así, se radicaron en nuestro país diversas empresas estadounidenses en varios rubros: textiles como Sudamtex (1934), Anderson Clayton (1936) y Ducilo (1937); de alimentos, Quaker Oats y Adams (ambas en 1936); de caucho, Good Year (1930) y Firestone (1931); como varias industrias farmacéuticas y químicas (Rapoport, 1980, p. 31). Estas inversiones se habían realizado con el fin de saltar las trabas

importadoras y aprovechar el potencial del mercado argentino. Sin embargo, dados los acuerdos bilaterales anglo-argentinos, los beneficios del control de cambios que se basaban principalmente en el otorgamiento de las divisas según la subordinación del Estado a los grupos económicos locales y no con vistas a las necesidades del proceso de industrialización perjudicó a los Estados Unidos (ya que de haber apostado decididamente por la industria se podrían haber ampliado las ventas norteamericanas). Luis Colombo, líder fabril argentino, señalaba como si fuera un dirigente agrario frente a los intentos de proximidad de parte de Estados Unidos para obtener bajas arancelarias que favorecieran al avance industrial, opinaba en 1934:

Ahora quieren comercio exterior amplio. Ahora quieren que no haya barreras de aduana. Cuando nos cerraban las puertas del lino, a la carne y a las frutas, el libre cambio argentino-norteamericano hubiera sido beneficioso para ellos y para nosotros. Pero ahora que tenemos industria prospera y posibilidad de ampliarla hasta bastarnos a nosotros mismos, la cuestión es distinta (Citado en Jáuregui, 2004, p. 77).

Esta actitud por parte de las elites y del gobierno argentino marcarían en gran parte el resto de la década en términos económicos, donde los productos norteamericanos perdieron su rol primordial como plaza abastecedora del país –reduciendo las importaciones de allí-, quedando desplazados detrás de Gran Bretaña –que lograba seguir sosteniendo sus vínculos con el país vía sus tratados bilaterales-, permitiendo así que la Argentina lograra años con superávits comerciales con los norteamericanos (1935-1937); algo que la pequeña recesión de 1938 y el avance industrializador volverían a revertir sobre el final de la década (1938-1940).

Casi en paralelo a la renovación del pacto Roca-Runciman, en 1936, se desarrolló en Buenos Aires la Conferencia de Consolidación de la Paz, en la cual se fijarían las bases del fin de la Guerra del Chaco terminada el año anterior. Esta conferencia tenía un importante peso para los Estados Unidos, la cual fue inaugurada en persona por el mismo

Roosevelt que viajó especialmente para ello. Los puntos claves que le interesaban tratar a los norteamericanos eran tres: 1) la consulta obligatoria entre todos los países americanos en caso de amenazas a la paz en el continente, 2) la creación de una comisión permanente de consulta de todos los ministros de relaciones exteriores para analizar posibles acciones comunes, y 3) extender en todo el continente los principios de neutralidad estadounidense (Morgenfeld, 2007, p. 207). En este caso, la Argentina volvió a su tradicional actitud obstruccionista con respecto a Estados Unidos, sosteniendo una oposición sistemática a todas sus propuestas, para por fin –como tradicionalmente hacía- no ratificar en el Parlamento ninguno de los acuerdos establecidos en las Conferencias. Con ello, evitó así un estrechamiento de sus lazos con Estados Unidos que diera una mayor distancia con Europa, puesto que antes de priorizar sus lazos con un sistema continental panamericano, se prefirió seguir manteniendo los mecanismos internacionales de la Liga de las Naciones (más cercanos al estilo europeo) (Peterson, 1970, p. 444). En este sentido, la firmeza y habilidad argentina en el manejo de las relaciones internacionales, encabezadas por su canciller, Saavedra Lamas, le permitirían a este último conseguir el Premio Nobel de la Paz, así como la presidencia de la Asamblea de la Liga de las Naciones con posterioridad, a la par de frustrar muchos proyectos estadounidenses.

Finalmente, sobre fines de 1938 se celebró en Lima la Octava Conferencia Panamericana. Una vez más se volvieron a polarizar las posiciones de Argentina y Estados Unidos allí, expresadas en sus respectivos cancilleres Cantilo y Hull. En este caso, frente a un clima mundial que presagia un inminente estallido bélico, Hull pretendió sellar un acuerdo de defensa continental, donde Argentina intentó desacreditarlo sosteniendo la primacía de la Liga de las Naciones una vez más, para continuar obstruyendo el avance de la hegemonía de los Estados Unidos sobre América Latina y mantener así su clásico principio de vinculación con Europa, especialmente con Gran Bretaña. Frente a las posiciones encontradas, y temiendo cada uno quedar en minoría y aislado, Estados Unidos y Argentina debieron ceder mutuamente para adherir a una vaga declaración final de

defensa de la democracia y la solidaridad hemisférica. Así, tan sólo unos meses después, en septiembre de 1939, comenzaría la segunda guerra mundial, en la cual argentinos y estadounidenses comenzarían a disputar fuertemente los términos de neutralidad o beligerancia en ella –mucho más todavía con el ingreso de los norteamericanos en la guerra en 1941-, así como también las estrategias y presiones del país del norte por debilitar a la Argentina, en especial su vínculo con Gran Bretaña⁵.

El triángulo Brasil - Estados Unidos - Gran Bretaña

El desarrollo económico brasileiro tuvo características distintivas con respecto al realizado por la Argentina. Si bien ambos países compartían la pauta de adscripción a los modelos agroexportadores y a su inserción internacional vendiendo productos primarios a cambio de comprar bienes manufacturados de los países centrales, su vinculación con el mercado externo los separó. Uno de los rasgos más salientes de diferenciación fue el grado de concentración de sendas exportaciones. Mientras que Brasil entre 1910-1913 concentraba el 52% de sus exportaciones en un solo bien (el café), Argentina lo hacía sólo con el 21% con su principal bien exportado (el maíz). Poco antes de la crisis del '30, entre los años 1926-1929, la concentración se había ampliado notoriamente en Brasil, teniendo ahora en ése solo bien el 71% de sus ventas, mientras que la Argentina seguía prácticamente igual con el 22% para el maíz (ver Anexo). A su vez, es indispensable señalar que Brasil a partir del último tercio del siglo XIX comenzó a ver disminuidas sus ventas a Gran Bretaña y a comenzar a concentrarlas en el mercado estadounidense, llegando a comprarle éste cerca de la mitad (o a veces más) del café que exportaba. Es decir, Brasil, como muchos países del Caribe y Centroamérica, comenzaría el siglo XX con un temprano cambio de hegemonía, para acercarse aceleradamente a los Estados Unidos y disminuir su vínculo con Gran Bretaña. Igualmente esto, debemos señalar que entre Brasil y las principales potencias ocurría lo inverso que en Argentina: aquél lograba tener con Estados

⁵ Al respecto de esto último pueden consultarse dos excelentes trabajos: Rapoport (1980) y Escude (1983).

Unidos cerca del 45% de sus exportaciones, pero sólo consumiendo de este país cerca del 30% de lo que importaba, teniendo así permanentes superávits con el país del norte, mientras que de Gran Bretaña consumía cerca del 20% de sus importaciones, exportando no mucho más del 5% de sus bienes allí. Con lo cual se registraba un triángulo opuesto al argentino: saldos a favor con Estados Unidos y déficits con Gran Bretaña.

Por otra parte, es necesario tener presente cómo operó el proceso político brasileiro. El largo periodo del imperio (1822-1889) no dio lugar al nacimiento de un régimen político más transparente y democrático como fue en otros países del continente, sino que fue sucedido por la denominada *República Velha*, en donde las oligarquías estaduais concertaban pactos intraoligárquicos para acceder a la presidencia del país, permitiendo a su vez que cada Estado recaudara los impuestos de los bienes que exportaba. Es así que los poderosos productores cafetaleros del centro-sur del país comenzaron a ganar un poderío económico y –por ende– político desequilibrante, por lo que los Estados de San Pablo y Minas Gerais terminaron por alternar entre sí la presidencia del país una y otra vez. De esta manera, los pactos oligárquicos del „Café con leche“ (en alusión a la producción cafetalera de San Pablo y la pecuaria de Minas Gerais) no lograron hacer un pasaje democratizador como el argentino, impidiendo que los conflictos pudieran resolverse por caminos institucionales, despertando las rebeliones armadas. Muchas de éstas quedaron en manos de los jóvenes oficiales del Ejército que propugnaban contra el “voto cautivo” en los Estados, exigiendo un sistema de participación a través del voto secreto y un amplio sistema de enseñanza pública. Así, en el Fuerte de Copacabana (1922), San Pablo y Manaos (1924) y la denominada Columna Prestes (1925) fueron importantes expresiones de descontento contra el sistema cerrado de las elites, a cargo del movimiento tenentista (denominado así ya que la mayoría de los jóvenes oficiales tenían el grado de Tenientes). Con esto, la dinámica política brasileira estaba a punto de estallar y encontrar en la crisis del ’30 el contexto adecuado para hacerlo. Ya que cuando en 1930 se debería producir las elecciones presidenciales, el presidente paulista Washington Luiz no respetó el pacto de alternancia y

la oposición descontenta de Minas Gerais sostuvo su alianza con el Estado de Río Grande do Sul para imponer igualmente a su candidato derrotado por medio de un alzamiento armado. Así, poco más de tres semanas después que en la Argentina, una asonada militar cambiaría el destino brasileiro, comenzando Getulio Vargas el 3 de octubre de 1930 la revuelta que lo llevaría a la presidencia.

La llegada de Vargas al gobierno central de Brasil en principio fue, como muchos esperaron, una revuelta abierta contra los industriales paulistas, a quienes se acusaba de que con sus políticas sectoriales perjudicaban a toda la población del país, en especial a los más pobres, dado que sus protecciones arancelarias encarecían el consumo. Sin embargo, estos planes anti-industrialistas rápidamente comenzaron a dejarse de lado en pos de promover abiertamente el desarrollo industrial nacional, con miras a cierto militarismo corporativista que pretendió asegurar mayores grados de libertad en camino a la autarquía económica. Es decir, al igual que la Argentina que primeramente buscó adherir a la clásica ortodoxia liberal y fortalecer su modelo agroexportador, el gobierno optó aquí también de manera pronta por un nuevo combo de medidas heterodoxas que intentaron sacar a Brasil de la depresión. Se aplicó con ello un sistema de control de cambios, se dejó de pagar la deuda externa, sin tener preocupaciones por los atrasos comerciales, como también se produjeron devaluaciones para sostener la rentabilidad de las exportaciones, fuertemente afectadas por la baja general de precios de los bienes primarios. Estas medidas, conjugadas con un golpe mucho mayor del frente externo en Brasil que en Argentina, harían que la importación fuera mucho más contralada (por ejemplo, se llegó a prohibir la importación de maquinaria desde 1931 hasta 1937). Sin embargo, esta mayor cerrazón de su economía (sumadas a la abolición de las aduanas estaduales) le permitió a su mercado crecer a una velocidad mayor que la argentina, teniendo un especial crecimiento la industria. Además, a poco de realizarse el golpe de Vargas, se produjo un decidido cambio con respecto a la cuestión social, creándose al Ministerio de Trabajo –bajo la conducción fundamental de Lindolfo

Collor- y la intervención y creación de sindicatos para ganar el control del movimiento obrero.

Empero, a pesar de los cambios y cierta modernización económica cada vez más acelerada, la cuestión política no le dejó ganar paz a Vargas fácilmente. Puesto que los grupos paulistas desplazados del gobierno ya en 1931 se pondrían en contacto con otras facciones estatales descontentas para conformar el „Frente Únicas“, con el fin de exigir un nuevo código electoral, convocar a una Asamblea Constituyente y que el interventor de San Pablo fuera un titular proveniente de ése mismo Estado. Estos reclamos asumirían una escalada política que culminaría en 1932 con la revuelta paulista que llevó en una guerra civil en varios Estados por algunos meses, aunque en todas partes –finalmente- Vargas terminaría por vencerlos militarmente (Ansaldi, 2004, p. 66). Empero, la derrota militar sufrida por los paulista igualmente terminaría por concretarse en una victoria política luego: en 1933 se convocó a una Asamblea Constituyente que recortó los poderes de Vargas. Ya para el año 1934 Vargas fue ratificado por esta misma Asamblea, previas concesiones mediante, para presidir el país bajo una nueva Constitución.

El lado Brasil-Gran Bretaña

La relación de Brasil con Gran Bretaña durante los años 30 tuvo dos características que marcarían su vínculo por toda la década: por un lado, la insignificancia del mercado británico para las exportaciones de Brasil –lo cual lo volvía un país mucho menos sujeto a presiones por parte de los ingleses- y, por otro lado, el peso determinante que tenía para Gran Bretaña la deuda pública brasilera. En efecto, a diferencia de lo que ocurría con Argentina, los británicos no contaban con muchas armas en la mano para negociar tratados bilaterales con el Brasil, no pudiendo obtener así ventajas comerciales que le permitan detener la obsolescencia que venía atravesando la economía inglesa. Por el lado de la deuda pública es vital señalar que, sin dudas, el país latinoamericano con mayor peso de deudas con Gran Bretaña era Brasil, dado que las deudas no eran sólo de parte del gobierno central

como en otros países, sino que además muchos Estados también estaban fuertemente endeudados con capitales británicos (especialmente el caso de San Pablo y Minas Gerais) (Miller, 1993, p. 165). Históricamente, la casa británica Rothschilds, clásica rival de la Baring Brothers que era la prestamista de los argentinos, había financiado a los gobiernos brasileiros guardando un especial vínculo con aquellos. Es así que cuando Brasil suspendió el pago de su deuda en septiembre de 1931, excluyó los préstamos otorgados por Rothschilds garantizados en oro que había contraído en 1898 y 1914. Esta actitud le valió a Brasil poder seguir contando con créditos allí, mayormente de corto plazo, financiada por bancos británicos aún después del crack financiero del 29. Así, el mismo año del *default* (1931), lograría igualmente un crédito por seis millones y medio de libras por dos años (Moniz Bandeira, 2010, p. 276).

Ahora bien, la fortaleza del vínculo financiero entre brasileiros y británicos, más allá de todo, no permitía compensar la debilidad del vínculo comercial entre ambos. Esto último debemos subrayarlo en función de otras tendencias que reforzaban el esquema. Por empezar, es necesario señalar que la agresiva política comercial que había establecido Alemania, sobre todo después de la llegada de Hitler al poder en 1933, al aplicar importantes tratados bilaterales de compensación fue particularmente fértil en Brasil. En este caso, los alemanes tuvieron un éxito grandioso para expandir su comercio con Brasil, volviéndose la segunda plaza receptora de sus exportaciones (ofreciendo un importante lugar al cacao, algodón y diversas frutas, todavía mucho más después de 1937), como también volverse así el principal país de donde provenían las importaciones brasileiras. De esta manera, si Brasil en 1934 importaba el 23,67% de los Estados Unidos, el 17,14% de Inglaterra y el 14% de Alemania, cuatro años después, en 1938, la situación ya sufría una clara transformación: las importaciones correspondían ahora en un 25% a Alemania, 24,2% a los Estados Unidos, a 11,8% de la Argentina y recién en el cuarto lugar a Inglaterra con el 10,4% (Miller, 1993, p. 294). Donde tan sólo veinte años atrás Gran Bretaña era su principal proveedor. Por otra parte, el juego de presiones británicas que representó el pacto

Roca-Runciman en Argentina hizo temer a Gran Bretaña que cualquier presión en esa dirección pudieran quebrar el frágil equilibrio que guardaba con Brasil, haciendo que éste aplicara un decidido giro en beneficio del capital norteamericano, dejando de pagar sus deudas con los británicos y aplicando con mayor ahínco el control de cambios sobre el capital inglés. Así, Gran Bretaña debió manejarse con suma delicadeza para impedir que su posición se menoscabara todavía más, logrando en 1935 una renovación de deuda ventajosa para sí, que le garantizaría un mejor acceso al mercado de cambios brasileiro para los giros de utilidades de sus empresas (Miller, 1993, p. 221).

Empero, a pesar de las diversas acrobacias británicas para conservar todavía un lugar de importancia en Brasil, sobre el fin de la década sus resultados terminaron por volverse ambiguos, siendo en algunos aspectos directamente negativos. Por empezar, si bien Gran Bretaña logró conservar durante toda la década los superávits comerciales con Brasil, al haber disminuido éste fuertemente todo su comercio exterior, inevitablemente los saldos a su favor también se redujeron bruscamente: si Gran Bretaña en 1927 había logrado un superávit con Brasil cercano a 14 millones de libras, en 1933 fue apenas de casi 2,8 millones, donde el mismo para 1938 estaba cerca de extinguirse no llegando a representar las 600 mil libras (Rapoport & Madrid, 2011, p. 150). Además, el avance del vínculo de Brasil con Estados Unidos comenzaba a desalojar la poca influencia que restaba del área de la libra sobre aquél. Por último, el principal objetivo británico sobre Brasil –mantener al país al día con el pago de sus deudas-, con la llegada del Estado Novo en 1937 se terminó de estrellar: Vargas al realizar su propio autogolpe de Estado suspendió el servicio de la deuda externa, decretó el monopolio del tipo de cambio y bloqueó todas las transacciones con divisas para contener las fugas de capitales que se estaba produciendo en el país. De esta manera, la influencia británica sobre Brasil comenzó a escurrirse como agua entre los dedos, del mismo modo que estaba ocurriendo o estaba por ocurrir en el resto de la región, no logrando resistir su relación las peripecias que conllevó la segunda guerra mundial, saliendo de ella un vínculo casi sin fuerzas.

El lado Brasil-Estados Unidos

La década de 1930 no comenzó con los mejores augurios entre Brasil y Estados Unidos, dado que en el mismo momento en que Vargas intentaba llegar al gobierno por medio de una revuelta militar, los norteamericanos estaban apostando por el bando contrario proveyéndoles armas para la lucha a los paulistas⁶. Algo parecido se replicó en 1932 con la revuelta paulista, también apoyada por agentes norteamericanos en desmedro de Vargas (Moniz Bandeira, 2010, pp. 278-279). Por su parte, el vínculo económico también se resintió mucho inicialmente: Estados Unidos, país responsable de la crisis mundial, respondió ante la misma con el arancel Smoot-Hawley de diciembre de 1930, considerado el más alto en un siglo, restringiendo todas las importaciones norteamericanas, así Brasil, al concentrar allí su principal mercado sufrió muchísimo su impacto: los precios del café cayeron así en picada llevándolo a una situación desesperada. Además, los bancos norteamericanos, también importantes acreedores de Brasil, una vez irrupida la crisis, cortaron rápido sus líneas de crédito de allí (aún las de corto plazo, a diferencia de los británicos). Todos estos elementos hicieron que los grupos nacionalistas que apoyaban a Vargas respiraran con cierto alivio, razonando que bajo esas condiciones el mandatario no sería un gobierno títere del norte y que podría tomar cierta independencia. Sin embargo, con la llegada de Roosevelt al gobierno en 1933, cuando comenzó a dejarse atrás lo peor de la crisis, la situación comenzó a distenderse.

Una de las primeras medidas por parte de Estados Unidos para recomponer las relaciones comerciales fue buscar establecer un tratado bilateral de reciprocidad en 1934, que le permitiera disminuir el fuerte cerrojo que representaba el control de cambios varguista y así pudieran recomponerse las importaciones norteamericanas. Este tratado comercial despertó en Brasil, por lo menos al nivel de las elites, casi tanta polémica y agitación como habría sido en Argentina el Roca-Runciman. Por un lado, porque Brasil se

⁶ Es paradójico lo que señala Moniz Bandeira (2010, pp. 268 y 263) con vistas a la lectura de la situación que hizo el Partido Comunista Brasileira fue diametralmente la opuesta a la real: ellos vieron en el golpe de Vargas la mano de Estados Unidos para quebrar la hegemonía de Gran Bretaña en la región.

hallaba preso de sus propias ventajas con los Estados Unidos: siempre contó con un fuerte superávit con aquel país y prácticamente todos sus productos se encontraban libres de impuestos para comerciar allí. Además, Brasil ya anteriormente había realizado importantes concesiones a los estadounidenses para no tensar las relaciones con su principal mercado. Por lo cual, ahora se encontraba en una posición en la que poco podía pedir y mucho tendría que ceder para equilibrar el comercio, amén las amenazas latentes de ver grabados sus productos de no acceder. Por otra parte, con la Asamblea legislativa en funcionamiento y los principios corporativistas que la regían, encontró en funciones a los representantes empresariales de la industria y del comercio, el denominado „bloque clasista“. Así, los líderes empresariales, su representación parlamentaria y la fuerza de sus organizaciones iniciaron una campaña opositora contra un pacto que decían no convenirles. Mientras que si los empresarios se abrazaban a principios proteccionista de defensa de la industria brasilera, los sectores pro-norteamericanos del gobierno intentaban presentar al acuerdo como una oportunidad de donde podría provenir, según Oswaldo Aranha, embajador en Washington, “os elementos básicos das nova indústrias, máquinas e engenhos” (citado en Jáuregui, 2004, p. 85). Sus detractores, en cambio, actuaron fuertemente con campañas en los periódicos y medios de prensa con el fin de sensibilizar a la opinión pública y evitar la firma del tratado. Como desde el gobierno se valoraba el rol estratégico fundamental que debería ocupar los Estados Unidos y no podían descuidar su vínculo con él, ante las virulencias de las críticas el mismo Vargas debió interceder y tomar cartas en el asunto al ver la fortaleza del bloque empresarial que había logrado dejar de lado las históricas diferencias regionales y reaccionar unido contra el tratado. Así, Vargas llevó a los empresarios frente a un dilema de acero: o bien retrocedían en sus posiciones y se subordinaban al gobierno, o bien serían derrotados y aislados en las tomas de decisiones. Bajo esta situación, se selló una paz intralite y el Congreso terminó de aprobar el acuerdo a fines de 1935. Las consecuencias del tratado de reciprocidad, sumadas a la recuperación económica general, sirvieron para que el comercio brasilero-norteamericano remontara,

aunque creciendo a más velocidad las ventas estadounidenses que las brasileiras: si en 1933 Brasil importaba del norte casi 30 millones de dólares y exportaba allí por un valor cercano a los 82 millones, para 1938 las importaciones se habían más que duplicado llegando casi a los 62 millones, mientras que sus exportaciones crecieron tan sólo 19 % arribando a los 98 millones (Moniz Bandeira, 2010, p. 293). Con estas tendencias, los sectores más nacionalistas del gobierno creyeron ver confirmado su temor de que el acuerdo resultara claramente más beneficioso para los estadounidenses que pudieron vender todavía más y achicar los saldos que tenía a su favor el Brasil.

Sin embargo, es importante destacar que los Estados Unidos, especialmente en manos del multilateralista Cordell Hull, buscó posteriormente no seguir por el camino de las presiones y permitir ciertas acciones en contra de sus intereses inmediatos y permitir que el Brasil asumiera medidas de su conveniencia, prefiriendo así, bajo el paraguas de la política del *Buen Vecino*, reforzar sus vínculos de largo plazo. Es así que los estadounidenses no pusieron grandes objeciones a los tratados bilaterales con Alemania, que abiertamente perjudicaban a los productos norteamericanos en manos de la obligación de compensar los excedentes brasileiros allí y que terminó por generar –previsiblemente– que los alemanes tomaran el primer lugar como proveedor de Brasil en reemplazo de Estados Unidos⁷.

Además, el transcurso de la década permitió nuevos acercamientos. Así, en 1936 cuando se realizó la Conferencia para la Consolidación de la Paz y que inauguró Roosevelt personalmente en Buenos Aires, éste hizo un pequeño desvío para realizar una visita oficial a Brasil, en la que Vargas manifestó sus deseos de adquirir una importante cantidad de armamentos en el norte, a lo cual el presidente norteamericano accedió, logrando por su parte que varios grupos económicos estadounidenses obtuvieran concesiones –muchas de ellas monopólicas– para explotar recursos naturales estratégicos en términos bélicos (hierro,

⁷ Esto último se debió sobre todo al crecimiento de la exportación brasileira de algodón hacia Alemania, producto que era el segundo bien de exportación en Brasil y que era prácticamente imposible de exportar a Estados Unidos. Por su parte, las importaciones brasileiras que más resintieron el tratado con Alemania no fueron tanto las norteamericanas, menormente afectadas, como sí las británicas.

berilo, estaño, manganeso, etcétera). En la Conferencia de Lima, de diciembre de 1938, Hull propuso la adscripción a compromisos continentales de defensa mutua y solidaridad (que como vimos, Argentina se encargó de contrarrestar); sin embargo el amargo resultado obtenido por Estados Unidos en esa Conferencia fue posteriormente remontado unos meses después, en marzo de 1939, con un acuerdo bilateral con Brasil. En este caso, Vargas firmó un tratado con Estados Unidos de cooperación mutua y asistencia económica que ratificaba la preferencia estadounidense de ver al Brasil como su principal aliado en Sudamérica. Así, los brasileros se aseguraron un lugar prioritario en la provisión de armas en el continente en un clima mundial espesamente bélico –que entre otras cosas, lograría convertir a su aviación en la más poderosa de la región y desbalancear el equilibrio militar en el Cono Sur a su favor a costas de la Argentina-, mientras que los estadounidenses tendrían la habilitación para instalar bases norteamericanas en diversos puntos del Brasil (Rapoport & Madrid, 2011, pp. 267 y 268). Estos acuerdos de cara al futuro inmediato resultaron sumamente beneficiosos para los Estados Unidos. Así, pudo utilizar el territorio brasilerio durante la segunda guerra mundial y arrastrar a Vargas a declarar la guerra y luego a luchar en ella, al contrario de lo sucedido con la Argentina.

Conclusiones. Brasil, Argentina y las potencias en los ´30: historia, condiciones y consecuencias

A lo largo de este trabajo se buscó recorrer los respectivos triángulos de Brasil y la Argentina con las principales potencias económicas durante la década de 1930. Así, se repasó cómo estaban conformados sus lazos previos, cómo fueron afectados en cada caso por el crack del ´29 y las respuestas que se produjeron en términos de afianzamiento o rechazo de los vínculos. Como vimos, el estrecho vínculo que unía a la Argentina con los británicos, en especial a la elite económica exportadora de carne, hizo que se privilegiara a este mercado –con el que habitualmente guardaba superávits comerciales-, despreocupándose por los beneficios que le pudiera causar un mejor lazo con los Estados

Unidos, nueva potencia mundial en ascenso, dada la histórica relación de competencia económica y rivalidad política entre ambos. Es así, que ciertas dislocaciones históricas y estructurales impidieron un mejor lazo. Ya que, paradójicamente, cuando en 1933 Roosevelt apostaba a guardar con la región una actitud de mayor acercamiento y solidaridad, vía la política del „buen vecino“, ése mismo año en Argentina el Vice-Presidente afirmaba que el país era una parte integrante del imperio británico.

De esta manera, mientras la Argentina se inclinó durante la década por un decidido bilateralismo con Gran Bretaña y luego con la guerra a un ferviente neutralismo, Brasil realizó un pragmático equilibrio en los 30's entre el multilateralismo estadounidense y el bilateralismo alemán, para luego –con la llegada de la guerra- adoptar a un firme alineamiento con el país del norte, incluso llegando a enviar tropas a combatir a Italia. Brasil, entonces, se preocupó más durante la década por el precio de su principal bien de exportación (el café), buscando comprar sucesivamente los excedentes para luego destruirlos y lograr cierta alza en su precio (algo igualmente imitado por la Argentina con algunos productos, aunque en menor medida), como también por una búsqueda de diversificación que lo hiciera menos vulnerable en el comercio exterior. En el caso argentino, la obsesión se basó sobre todo en no perder mercados. Por lo cual, la Argentina debió caer presa de un intercambio fuertemente ligado a Gran Bretaña y a los productos de ésta de menor eficiencia y desarrollo tecnológico, perjudicando así en parte a su crecimiento industrial. Algo que no ocurrió en Brasil, donde el poco peso de sus exportaciones a Gran Bretaña le permitieron tener una política exterior más libre y flexible que repercutió en una más pronta recuperación y en un consumo externo más eficiente para el uso de sus divisas. Porque en la Argentina el uso del control de cambios sirvió para discriminar las importaciones según su país de origen en función exclusivamente del vínculo bilateral de la balanza comercial. Así, mientras el lema de los argentinos era “comprar a quien nos compra”, los brasileiros optaban por “comprar a quien vendiera mejor”. Una diferencia no menor a la hora de pensar sobre cómo operó la transición del

desarrollo hacia afuera (los modelos agroexportadores) al desarrollo hacia adentro (el proceso industrializador).

En estos casos, las vinculaciones con las potencias de cada país tuvieron un peso que no debemos descuidar. Los Estados Unidos eran partidarios de un mayor multilateralismo que los británicos, donde estos últimos prefirieron refugiarse en su poder para obtener mejores concesiones a través de los vínculos bilaterales. Quien fuera Secretario de Estado norteamericano durante el período, Cordell Hull (1933-1944), señalaba la posición de su país al decir que “El comercio irrestricto correspondía a la paz; [mientras que] los altos aranceles, las barreras arancelarias y la competencia económica injusta [bilateral], correspondía a la guerra” (citado en Block, 1989: 53). Sin embargo, es curioso como el mismo Keynes, en un llamativo acto de sinceridad del funcionario del imperio británico que él personalmente encarnaba, intentará en 1942 justificar por qué la Argentina debía realizar compras obsoletas a Gran Bretaña frente a la fortaleza tecnológica y económica de Estados Unidos. Decía Keynes:

Necesitamos carne y estalos dispuestos a pagar £ 110 por ella; la Argentina necesita un automóvil que vale £ 110 en el Reino Unido y £ 100 en los Estados Unidos; éste no necesita la carne, la castiga con un arancel y no pagará por ella más de £ 50 en el mejor de los casos; la Argentina tiene la carne y aceptaría gustosa £ 100 por ella si la opción es no venderla, pero no puede aceptar menos de £ 100; como nosotros no disponemos de dólares, no podemos comprarla a menos que vendamos un automóvil. En condiciones de *laissez faire* el intercambio no puede ocurrir; si pagásemos la carne con dinero, ya sea a £ 100 o a £ 110, los argentinos lo gastarán en el automóvil estadounidense, y nosotros nos volveremos insolventes. La única manera de que ése intercambio pueda ocurrir es algún sistema mediante el cual nuestra compra de carne se haga depender de que Argentina compre nuestro automóvil. De lo contrario, tanto los productores argentinos de carne como los británicos de automóviles se quedarían sin trabajo.

Continúa diciendo Keynes, pero ahora confrontando al bilateralismo británico contra el multilateralismo estadounidense:

Esta posibilidad se excluye en la filosofía [de algunos economistas estadounidenses] a causa de ciertos supuestos latentes, subyacentes en [su] teoría clásica y que no se cumplen en la práctica, según los cuales, si compramos carne argentina con dinero, y los argentinos compran el auto estadounidense con dinero, la consecuencia necesaria es que los Estados Unidos nos comprará algo por valor de £ 100. En otras palabras, [su] filosofía fundamental supone la inexistencia precisamente del problema que estamos tratando de resolver (citado en De Paiva Abreu, 1988, p. 182).

Bajo este contexto, Brasil, con su cercanía a los Estados Unidos pudo capitalizar su lazo logrando una mayor cantidad de dólares para alimentar su rápido crecimiento industrial. Además, su mayor cerrazón económica y el hecho que el haber dejado de pagar parte de su deuda externa también favorecieron una mejor performance económica durante los 30's que la Argentina. Ya que el atraso y la mayor vulnerabilidad externa sirvieron como látigos para el progreso. Sin embargo, no es conveniente exagerar como han hecho muchos autores la importancia de sus alianzas externas (Escude, 1983, pp. 384-386; De Paiva Abreu, 1988, p. 187). Ya que la sociedad privilegiada que se estableció entre Brasil y Estados Unidos en la década del '30, aunque le permitió sacar ciertos beneficios, no terminó de ser desequilibrante ni absoluta durante ésa década o hacia el futuro frente a la Argentina: no obtuvo importantes créditos ni tampoco accedió, como ningún país de la región, a los beneficios del Plan Marshall. El trato recibido por parte de Estados Unidos fue similar en todos los casos. La única ventaja significativa que tuvo fue obtener una mayor provisión de armas, algo no menor en un mundo convulsionado por la guerra, desbalanceando la paridad regional en términos militares. Pero aún esto último tampoco fue una ventaja en sí misma: la mayor provisión de armas que obtuvo Brasil con respecto a la Argentina por parte de los Estados Unidos fue, resonantemente, un objetivo político de estos últimos para presionar a la Argentina y poner nerviosos a sus militares, buscando así que ésta se subordine a los designios del norte.

Por su parte, la mejor performance industrial brasilera y el más rápido crecimiento económico que la de los argentinos durante los '30 se hizo partiendo de una base muy

inferior a la de estos últimos, lo cual siempre facilita la velocidad (recién en 1950 los PBI absolutos de ambos países serían similares dado el rezago brasileiro, teniendo la Argentina un PBI per cápita todavía entre tres y cinco veces mayor al de Brasil –ver Anexo-). Por su parte, a pesar de las „preferencias“ norteamericanas para favorecer al Brasil durante toda la década del '30 y buena parte de la siguiente, esto no se replicó en términos de inversión productiva directa (una variable importantísima que establece el grado de confianza y apuesta sobre una economía dada), ya que el nivel de inversión total norteamericana no fue mayor en Brasil que en la Argentina durante el periodo 1929-1950 (ver Anexo), como tampoco lo había sido antes. Así, a pesar de que ni la política británica ni la estadounidense hayan sido las mismas, a su vez, el diferencial grado de desarrollo argentino y brasileiro – como sus respectivas estructuras productivas- tampoco lo eran. Por lo cual, sus capacidades y recursos para enfrentar la crisis les permitían tomar diversas decisiones de tinte tanto económico como político con vistas a objetivos que no eran los mismos. En este caso, el mayor grado de desarrollo argentino le había permitido hasta ése momento no subordinarse a la hegemonía estadounidense, pudiendo desafiarla con éxito en reiteradas oportunidades, siendo su propio interés poder liderar la región y pudiendo intentar hacer esto gracias a sus buenos vínculos con Europa. Justamente, no tanto en la década del treinta, sino más claramente con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, desde los Estados Unidos se buscaría pulverizar compulsivamente los restos de la influencia británica en la región, debiendo actuar más fuertemente contra la Argentina dado sus tipos de lazos y la posición económica allí. Entonces así es más fácil comprender las “relaciones tumultuosas” entre los países del norte y del sur una vez comenzada la guerra y sus consecuencias. Por lo cual, ni un mayor acercamiento (como el caso brasileiro) ni la sostenida resistencia al doblegamiento (como el caso argentino) son capaces en sí mismos de explicar necesariamente destinos divergentes, ya que Brasil y Argentina han guardado más semejanzas estructurales –dentro de una posición similar en la periferia del mundo-, que diferencias. Igualmente esto, no excede tomar nota de los contrastes de cada caso para



entender su posterior desarrollo dentro de un contexto internacional sumamente cambiante, así como además es siempre útil repasar los aciertos y errores cometidos. Esperando así que este trabajo haya contribuido a señalar algunos puntos de diferencia para entender la historia de la región y sus caminos.

Referencias Bibliográficas

- Alhadeff, P. (1985). *Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca. Desarrollo Económico*, 25(99), 447-458.
- Ansaldi, W. (2004). Nem verde, nem amarelo: verde e amarelo. Brasil en los años 1930. En W. Ansaldi, (Ed.) *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Arnaut, J. (2010). Understanding the Latin American Gap during the era of Import Substitution. Institutions, Productivity, and Distance to the Technology Frontier in Brazil, Argentina and Mexico's Manufacturing Industries, 1935-1975. Simposio llevado a cabo en el Southern Hemisphere Economic History Summer School. Montevideo, Uruguay.
- Bértola, L. & Ocampo, J. (2010). *Desarrollo, vaivenes y Desigualdad. Un historia económica de América Latina desde la independencia*. Madrid, España: Secretaria General Iberoamérica.
- Block, F. (1989). Los orígenes del desorden económico internacional. La política *monetaria internacional de los Estados Unidos, desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días*. México D.F, Mexico: FCE.
- Bulmer-Thomas, V. (2002). Las economías latinoamericanas, 1929-1939. En T. Halperin Donghi *Historia Económica de América Latina desde la independencia a nuestros días*. Barcelona, España: Crítica.
- Bulmer-Thomas, V. (2010). *La histórica económica de América Latina desde la independencia*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

- Cardoso, E. & Helwege, A. (1993). *La economía latinoamericana. Diversidad, tendencias y conflictos*. México D.F., Mexico: FCE.
- De Paiva Abreu, M. (1988). Argentina y Brasil en los años treinta. Efectos de la política económica internacional británica y estadounidense. En R. Thorp (Comp.), *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*. México D.F., México: FCE.
- Drosdoff, D. (1972). El gobierno de las vacas (1933-1956). Tratado Roca-Runciman. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Las Bastillas.
- Escude, C. (1983). *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina 1942-1949*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de Belgrano.
- Fodor, J. & O'Connell, A. (1985). *Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca. Un comentario*. Desarrollo Económico, 25(99), 459-463.
- García Heras, R. (1988). Los ferrocarriles británicos y la política de coordinación de transporte en la década de 1930. En M. Rapoport (Comp.), *Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Norma.
- Hora, R. (2005). Los terratenientes de la pampa Argentina. Una historia social y política, 1860-1945. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Jáuregui, A. (2004). Brasil y Argentina. Los empresarios industriales / 1920-1955. Una historia comparada. Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi.
- López, P. (2007). Política económica, relaciones internacionales e industria: la experiencia del control de cambios en la década del treinta. *Ciclos*, 31/32.

- Miller, R. (1993). *Britain and Latin America in the nineteenth an twentieth centuries*. Harlow, Inglaterra: Longman Group UK Limited.
- Moniz Bandeira, L. A. (2004). *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Norma.
- Moniz Bandeira, L. A. (2010). *Presencia de Estados Unidos en Brasil. Dos siglos de historia*. Buenos Aires, Argentina: Corregidor.
- Morgenfeld, L. (2007). Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas de los años 30. *Ciclos*, 31/32.
- O'Connell, A. (1984). La Argentina en la depresión. Los problemas de una economía abierta". *Desarrollo Económico*, 23(92).
- Peterson, H. (1970). *La Argentina y los Estados Unidos 1810-1960*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Rapoport, M. & Madrid, E. (2011). *Argentina-Brasil. De Rivalet a Aliados. Política, economía y relaciones bilaterales*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Rapoport, M. (1980). *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de Belgrano.
- Rapoport, M. (2000). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Macchi.
- Schvarzer, J. (1991). *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi.



Thorp, R. (1998). *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.

Villanueva, J. (1972). El origen de la industrialización argentina. *Desarrollo Económico*, 12(47).

ANEXO

Cuadro I: Capital total invertido en América Latina del Sur por los Estados Unidos y el Reino Unido (1913-1929) (En millones de dólares)

País	Inversiones EUA		Inversiones Reino Unido	
	1913	1929	1913	1929
Argentina	40	611	1.861	2.140
Brasil	50	476	1.162	1.414

Fuente: (Cardoso & Helwege, 1993, p 55).

Cuadro II: Importancia del comercio exterior en Argentina y Brasil (1928-1938)

País	Exportaciones como porcentaje del PBI		(Exportaciones + Importaciones) como porcentaje del PIB	
	1928	1938	1928	1938
Argentina	29,8	15,7	59,7	35,7
Brasil	17	21,2	38,8	33,3

Fuente: (Bulmer-Thomas, 2002, p.251).

Cuadro III: Concentración de las exportaciones en América Latina (1870-1970)

País	1er Producto de Exportación			Tres primeros productos de Exportación		
	1910-13	1926-29	1949-52	1910-13	1926-29	1949-52
Argentina	21%	22%	7%	50%	56%	19%
Brasil	52%	71%	63%	77%	76%	78%

Fuente: (Bértola & Ocampo, 2010, p.35).

Cuadro IV: Participación de Estados Unidos en el comercio de América Latina (1913 – 1927)

País	Exportaciones a EUA			Importaciones de EUA		
	c.a. 1913	1918	1929	c.a. 1913	1918	1929
Argentina	4,7	29,3	8,3	14,7	21,6	23,2
Brasil	32,2	34	45,5	15,7	22,7	26,7
América Latina	29,7	45,4	34	24,5	41,8	38,6

Fuente: (Bulmer-Thomas, 2010, p.184).

Cuadro V: Inversiones de Estados Unidos en Brasil y Argentina (1929-1950)

País	Año					
	1929	1936	1940	1943	1946	1950
Argentina	332	348	388	380	202	356
Brasil	194	194	240	233	323	644

Fuente: (Rapoport & Madrid, 2011, p.154).

Cuadro VI: Indicadores industriales de la década de 1930

	Tasa de crecimiento de las manufacturas 1932-1939	Razón manufacturas/PBI en 1939	PBI industrial per cápita	Nº de obreros por establecimiento
Argentina	7,3	22,7	122	12,7
Brasil	7,6	14,5	24	20,3
Chile	7,7	18	79	25,1
México	11,9	16	39	20,1

Fuente: (Bulmer-Thomas, 2010, p.257).

Cuadro VII: Indicadores industriales (1928-1945)

País	Manufacturas / PBI			Tasa de crecimiento anual	
	1928	1939	1945	1932-1939	1939-1945
Argentina	19,5	22,7	24,7	6,7	3,1
Brasil	12,5	14,5	17,2	6,7	4,5
México	11,8	16	19,1	10,3	8

Fuente: (Arnaut, 2010, p.7).

Cuadro VIII: PBI per cápita de Argentina y Brasil, a dólares internacionales de 1990 (1913-2008)

País	Año							
	1913	1929	1940	1950	1973	1980	1990	2008
Argentina	3962	4557	4342	5204	7966	8367	6433	10977
Brasil	758	1051	1154	1544	3758	5178	4920	6423

Fuente: (Bértola & Ocampo, 2010, p.24).

Cuadro IX: Porcentaje de exportación al Reino Unido y Estados Unidos (promedio a tres años) (1900-1980)

País	Año								
	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980
Argentina	22,90%	30,30%	43,20%	44,40%	57,80%	35,50%	29,90%	16,90%	11,30%
Brasil	55,20%	56%	47,20%	49,40%	58,20%	60,10%	48,70%	35,90%	21,60%

Fuente: (Thorp, 1998, p.369).

Cuadro X: Porcentaje de importación al Reino Unido y Estados Unidos (promedio a tres años) (1900-1980)

País	Año								
	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980
Argentina	46,70%	42,70%	49,20%	40,90%	48,90%	29%	33,10%	28,90%	25,30%
Brasil	40,60%	41%	59,80%	49,40%	56,60%	50,80%	36,20%	35,60%	20,30%

Fuente: (Thorp, 1998, p.369).